

RAMONA



RAMONA

INTERPRETES

<i>Doña Carmen Moreno</i> . . .	Vera Lewis
<i>RAMONA</i>	DOLORES DEL RÍO
<i>Felipe Moreno</i>	Roland Drew
<i>Padre Salvatierra</i>	John Prince
<i>Alejandro</i>	Warner Baxter

RAMONA

(Versión española del argumento en inglés)

Allá en los lejanos tiempos de la antigua California, en la época de la colonización española, cuando los dulces acordes de la guitarra andaluza y las canciones plañideras y evocadoras de la patria lejana resonaban en las antiguas haciendas españolas, cuando las Misiones católicas cubrían la zona costera desde San Diego hasta San Francisco, sobre la carretera real, que une esas dos capitales, florecía el gran rancho de la señora de Moreno:

La orgullosa dama gobernaba

sus rústicos dominios, de enorme extensión, con mano de hierro en guante de seda; con feudal grandeza, pero exigiendo a todos los suyos una ciega obediencia indiscutible e indiscutida.

De un fanatismo casi agresivo, su fe religiosa era una fe ardiente y rígida como la hoja de una espada toledana, pero su corazón, seco como la yesca, estaba ciego para el verdadero espíritu de su credo religioso, todo amor, tolerancia y caridad.

Alta, de porte severo y casi va-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ronil, parecía aún más alta y delgada dentro de su largo vestido negro, cerrado hasta el cuello, del que pendía un rosario cuyas gruesas cuentas manoseaba maquinalmente a todas horas con un ademán característico.

La señora de Moreno, cuidadora de vigilarlo todo por sí misma, recorría diariamente su vasta hacienda hasta las colinas que la rodeaban, observándolo todo: los trabajos, las cosechas, los inmensos rebaños de cabras, carneros y ovejas, que pacían y engordaban en la sabana bajo los ardientes rayos de un sol casi tropical; dando órdenes a Juan Canito, capataz de los pastores; a Marta "la Gorda", jovial cocinera mejicana, y a los otros cuarenta sirvientes de la hacienda.

Eran las tres de una tarde caliginosa. Bajo un cielo azul, de un añil deslumbrador, la hacienda parecía dormir su fatigosa siesta, cobijada bajo las lánguidas y frescas sombras de las arcadas del patio, tapizadas por los trepadores emparrados en donde los canarios y los pinzones gorjeaban sus alegres

trinos, prisioneros en sus doradas jaulas... Los penetrantes aromas de la flora americana embalsamaban el ambiente del jardín, materialmente cubierto de flores de todas clases.

La señora de Moreno salió fuera de la casa-vivienda, atravesó el jardín y se dirigió en busca de Ramona, a la que no encontraba en ninguna parte.

Ramona era la hermosa muchacha adoptada por la señora de Moreno, la preciosa jovencita amada por todos los de la casa, la "bendita niña", como la llamaba el buen Padre Salvatierra, misionero de la Misión de Santa Bárbara.

La presencia de Ramona en la finca era un misterio, un misterio su nacimiento y un misterio su adopción por la señora de Moreno. Excepto la señora y el buen Padre misionero, nadie sabía a punto fijo quién era aquella linda niña de ojos negros, brillantes y soñadores, ni los motivos que tuvo la señora para adoptarla.

Allá en los confines de la finca, junto a las colinas circundantes,

Ramona se hallaba feliz y contenta, inconsciente de que la buscaba su severa señora. Amazona sobre un pacífico pollino, despreocupada, sonriente, descalzos sus diminutos pies y vestida como un muchacho con un par de calzones, que apenas le llegaban a las rodillas, aquella preciosa niña de quince años parecía completamente feliz al poder cabalgar detrás de un rebaño de carneros, mientras reía y charlaba con don Felipe, guapo muchacho de veinte años, por cuyas venas corría la orgullosa sangre castellana de la familia Moreno.

Había empezado el crepúsculo de aquel hermoso día y los dos jóvenes regresaban a la hacienda jugueteando como dos chiquillos. Felipe tiróle de la cola al rucio y al encabritarse éste despidió a Ramona, que se hirió en una rodilla.

Arrepentido de lo sucedido, Felipe vendó la parte dolorida de la pierna de su amiguita y como el pollino andaba lejos, se la cargó en la espalda, con gran regocijo por parte de ella.

Así llegaron a la hacienda, procurando deslizarse en la casa sin

ser vistos; pero de repente se encontraron frente a frente de la anciana y ceñuda señora:

—¿De dónde vienes? ¿Dónde has estado?... ¿Qué haces en ese traje?—preguntó la dama a Ramona.

Ramona, atterrada, trató de explicarse; pero vió tal severidad en el semblante de la señora de Moreno, que guardó silencio, atemorizada.

Felipe, disgustado por la cruel actitud de su madre, procuró interceder en favor de su joven amiga.

La madre miró a su hijo, su semblante se dulcificó instantáneamente, pero no le dejó hablar.

—Tú puedes ir a tu habitación, hijo mío, y prepararte para la comida—ordenó en tono indulgente, pero firme.

—Pero, madre...

La autoritaria dama fulminó sobre él una mirada tan dominadora y severa, que Felipe se interrumpió y obedeció sumiso y disgustado.

Ramona intentó seguirle, pero la señora la detuvo y empezó a

reprenderla con frases cada vez más iracundas.

La niña, herida en sus más delicados sentimientos, venció su timidez y replicó en tono suave y humilde:

—¿Por qué no me ama usted, señora?

Sus labios, rojos y frescos, de un dibujo irreprochable, temblaban de dolorosa emoción.

La señora de Moreno quedó por un instante sorprendida. Sus labios, delgados y pálidos, se contrajeron en una mueca de asombro y contrariedad; sus ojos lanzaron a la joven una mirada profunda y fanática.

—Vete a tu cuarto..., sin comer—ordenó.

Pero la joven no se movió. Con los ojos llenos de lágrimas y retorciéndose las manos con desesperación, replicó con voz lastimera:

—Usted no me contesta, señora... Usted me adoptó por hija... ¿Por qué, pues, nunca me ha dado un amor de madre?

—¡Vete a tu cuarto!—insistió la señora con mayor acritud.

—¿Por qué no me ha dicho usted nunca nada respecto a mi madre?—preguntó la joven casi sollozando.

—¡He dicho que te vayas a tu cuarto! ;Quiero ser obedecida!

Ramona se volvió despacio y, suspirando, se dirigió hacia la escalinata de la casa, subió lentamente los escalones y se volvió para mirar a su madre adoptiva con una lánguida mirada en la que iba envuelta una última apelación, una triste llamada a los sentimientos maternos de aquella señora que permanecía inmóvil y fría como una estatua de mármol, sus acerados ojos fijos en ella.

Sin embargo, Ramona no se quedó sin comer aquella noche.

Asomada a la ventana de su cuarto y suspirando amargamente, reflexionaba sobre la incomprensible crueldad de la señora, cuando de pronto oyó llamar a su puerta. Asustada y anhelante, miró hacia la entrada y exclamó:

—¡Adelante!

Su rostro hechicero se iluminó al ver entrar a Felipe con un dedo

sobre los labios y una elegante bandeja llena de sabrosos manjares.

—¡Querido Felipe! ¡Qué bueno eres!—dijo sonriendo tiernamente a través de sus lágrimas.

Y, muy juntos los dos jóvenes, Ramona cenó opíparamente, no sin dejar de ofrecer alguna cucharada de confitura a su buen amigo Felipe, que la saboreó como néctar divino... porque se la daba ella.

* * *

Después de tres años de permanencia en el convento de Santa Bárbara, Ramona regresó al hogar.

El capullo se había convertido en una espléndida rosa que se adueñó de todos los corazones de la hacienda; de todos menos del de la señora de Moreno. Disfrutó de trajes hermosos, de doncellas para servirla, de todo lo que puede apetecer una hija adoptiva, menos del cariño maternal.

Cierta tarde en que la fuerte luz de un sol de mediodía se filtraba a través de las rosas de te bordando maravillosos encajes sobre el piso y sobre las paredes de la casa, Ramona bailaba el fandango español, agitando airoosamente los

volantes de su hermosa falda con la indolente alegría de su juventud y de su inocencia.

Algunos sirvientes la jaleaban entusiasmados.

Felipe, que acompañaba el ritmo del baile con el rasgueo de su guitarra andaluza, la contemplaba embelesado, sintiendo que los menudos piecitos de la gentil bailadora taconeaban las fibras más sensibles de su corazón. Porque el joven la adoraba y daba por seguro que algún día sería su esposa.

En las afueras de la finca, hacia el lado de las colinas, los grandes rebaños de la hacienda pastaban la tierna hierba agobiados por el peso de la lana, pues era la época del esquila.

La dueña de la finca atravesó el prado y se acercó a Juan Canito, que vigilaba la entrada de los rebaños en los corrales. El pastor se volvió al oír el roce de sus vestidos.

—El Padre Salvatierra llegará hoy de Santa Bárbara y Alejandro con sus indios esquiladores se hallará aquí a la puesta del sol.

Juan se inclinó en silencio y siguió con la vista a su ama hasta que entró en el patio de la finca; entonces, volviéndose a uno de sus hombres, se encogió de hombros y le dijo:

—Hace ya dos semanas que espera al buen Padre—. Hizo una pausa y añadió con malicia: —Perderá la lana de las ovejas por querer salvar las almas de los indios.

Al entrar en el patio, la señora de Moreno oyó voces y risas, y se detuvo aterrada ante los desusados ruidos de aquella alegre algazara.

—¡Ramona! ¡Ramona!—gritó el tirano con faldas.

La joven se detuvo como por obra de un resorte y escapó. Con la rapidez de una liebre perseguida por el galgo salió del patio, mien-

tras los criados se desvanecían como por arte de birlibirloque.

Pero Felipe, menos afortunado, al tratar de eludir a su madre se dió de narices con ella.

—No te reprendo, hijo mío—dijo la madre dulcemente. Después miró hacia la puerta del patio por donde había desaparecido la joven y su rostro cambió de expresión. Con voz reconcentrada por la ira y el odio añadió: —¡Esa Ramona! Si yo fuera débil con ella, esa muchacha acabaría con la disciplina de la casa.

Mientras Felipe intentaba apaciguar a su madre, Ramona corría desalentada a través de la campiña, hollando con sus pies un sembrado de mostaza.

De repente divisó a lo lejos al Padre Salvatierra que venía por la carretera en dirección a la hacienda.

Olvidando instantáneamente sus temores, lanzó un grito de alegría y voló al encuentro del misionero.

Cuando llegó junto a él se arrojó ante su venerable figura, de cogulla y hábito gris, e inclinó la cabeza para recibir la bendición.

Poco después, a la puesta del sol, la dueña de la casa se hallaba sentada en el patio en compañía del buen Padre. Cuando ambos estaban enfrascados en amistosa charla, la cuadrilla de indios esquiladores irrumpió en el patio de la hacienda jinetes en hermosos caballos del país.

A la cabeza del escuadrón cabalgaba Alejandro, capataz de los esquiladores e hijo del jefe de la tribu de los Temecula.

Alto y esbelto como una flecha, el joven indio era un hermoso y fino ejemplar de su raza. A sus ojos grandes, negros y expresivos, se adivinaba la luz de un alma poética y soñadora. De toda su persona se desprendían los effluvios de un verdadero carácter nacido para el mando. En su mirada, en su voz y en sus ademanes se adivinaban todas las más finas cualidades de su raza.

Entregando las riendas a uno de sus hombres atravesó el patio a grandes pasos y, dirigiéndose a la señora y al Padre, saludó a la primera tranquilo y sereno y se arro-

dilló ante el misionero para recibir su bendición.

—Me alegro que haya venido usted, Alejandro, porque nos hemos retrasado en el esquila—le dijo la dueña.

—Todo irá bien, señora—respondió el indio con firme seguridad—. Mi cuadrilla esquilará bien y pronto a las ovejas...

Y haciendo un gentil saludo se alejó de allí.

Al cruzar el patio se encontró con su amigo Felipe. Su rostro resplandeció de alegría cuando los dos jóvenes se estrecharon la mano con efusión.

—Yo soy muy feliz siempre que vengo aquí a esquila ovejas, porque así le veo a usted, mi buen amigo—le dijo.

Cuando Alejandro se dirigía en busca de sus hombres, Ramona atravesaba el patio en dirección de la capilla, llevando al brazo un paño de altar.

Alejandro no la vió, pero se detuvo un momento para aspirar el perfume de una rosa de te, la flor favorita de Ramona.

La joven se acercó cautelosamente

mente por detrás y, dándole al indio un papirotazo en el cogote, le hizo meter la nariz en la corola de la flor. Riendo a carcajadas al contemplar el cómico aspecto de Alejandro con su nariz manchada de amarillo polen, dejó caer en el suelo, sin notarlo, la ropa de altar. Entonces vió, espantada, que uno de los perros de la finca desgarraba el fino lienzo al querer desengancharlo de una planta de cactus.

Se abalanzó sobre el perro para recobrar el lienzo manchado y roto; pero al incorporarse, disgustada y perpleja a más no poder, divisó a la señora, que atravesaba el patio en compañía del misionero. Espantada ante la presencia de su enemigo, atravesó la puerta y huyó al campo.

La severa dama hablaba confidencialmente con el Padre Salvatierra, mientras manoseaba su rosario maquinalmente, según su costumbre.

—Si Ramona fuese una india de pura sangre, la querría más—dijo en tono de amargura—, pues

en estas mestizas sólo se destaca lo peor de cada raza.

—Ramona es una bendición de niña—dijo el Padre haciendo un ademán de suave reprobación—. Por su sangre corre lo mejor de ambas razas.

—Yo le daré siempre un hogar y en todo momento velaré por ella—dijo la dama entre dientes—, pero me es imposible amarla. No puedo acostumbrarme a la idea de ser la madre de una mestiza.

El misionero prosiguió defendiendo a Ramona, pero no consiguió hacer cambiar los sentimientos de su vieja amiga, ni aun persuadirla de que diese a la joven las apariencias del cariño maternal que su infantil corazón imploraba.

El disco del sol, enorme y rojizo, acababa de hundirse en el horizonte, tiñendo el cielo de suaves reflejos tan pronto dorados, tan pronto opalinos, cuando la preciosa mestiza llegó a un arroyuelo bordeado de sauces. Tarareando alegremente una canción de la época se detuvo al borde de la fresca corriente y se dispuso a lavar el lienzo del altar.

Alejandro, que también había acudido al arroyo para refrescar sus sedientos labios en las frescas linfas, se puso en cuatro pies y empezó a beber. Al incorporarse divisó a Ramona. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y la llama del amor brilló en sus negros y hermosos ojos. Rápidamente se puso de pie y fué acercándose a la joven furtivamente; cuando estuvo todo lo cerca de ella que le permitió su timidez, se quedó parado contemplándola, sin hartarse de mirarla en muda adoración, mientras ella, inconsciente de su presencia, terminaba su trabajo y regresaba hacia la casa cantando alegremente. Alejandro, inmóvil y fascinado, la miraba alejarse mientras su fantasía tejía un sueño de romance.

Al amanecer del día siguiente el Padre misionero se asomó a la ventana de la habitación que siempre le reservaban.

La suave luz de un alba llena de paz y poesía iluminaba la vieja hacienda.

Con la cabeza descubierta, los escasos mechones de su cabellera grúa flotando a la suave y fresca

brisa de aquella mañanita tan hermosa, la capucha de sus hábitos echada a la espalda, el buen Padre se regalaba los oídos escuchando las hermosas estrofas de un himno a la salida del sol, cantado a coro por todos los habitantes de la casa, según costumbre tradicional en todas las familias devotas en los días lejanos y luminosos de la antigua California.

Sin moverse de su ventana, el buen misionero unió su voz a la de los otros y empezó a cantar con todo el espiritual ardor de su alma de apóstol:

*Al cielo en esta hora
eleva el corazón,
pues llega con la aurora
de Dios la bendición.
Heraldo es de sus dones
el sol que va a asomar;
con cantos y oraciones
las gracias hay que dar.
Los que gozamos
tu puro amor,
gracias te damos,
¡gracias, Señor!*

La señora de Moreno oyó las

voces mientras se hallaba ante el espejo de su tocador; cogió el tono del himno y empezó a cantarlo en tono devoto, pero muy poco alegre.

Las voces de los cantores despertaron a Ramona, que saltó de su casto lecho de virgencita inocente. En paños menores, su larga cabellera negra como el ala del cuervo flotando sobre sus espaldas, empezó a cantar el himno mientras se ponía las medias con la impetuosa rapidez de su juventud sana y alegre.

Rápida y sucesivamente el canto fué cogido por Felipe, por las doncellas, por los cocineros, hasta formar un espléndido y armonioso coro de voces que salían de todos los rincones de la casa con rara y unánime armonía. Las ondas sonoras llegaron hasta los corrales llenos de ovejas en espera de ser esquiladas. Los pastores y los indios esquiladores cogieron el tono y unieron sus voces al coro general. En las parras, que trepaban por las arcadas del patio, los canarios y los pinzones, excitados por la armonía del canto, rompie-

ron en trinos y gorjeos, compitiendo en ardor y armando la más ruidosa algarabía.

Alejandro entró furtivamente en el patio y avanzó cauteloso por entre los pilares de los arcos, revisando una a una las ventanas del segundo piso con la esperanza de ver a Ramona y sorprender una de sus dulces miradas. No viéndola, una sombra de tristeza cruzó por su rostro, en el que se retrataba la más grande ansiedad. Esperando que así haría asomarse a su amada, levantó el tono de su canto hasta que su voz descolló sobre las demás.

El ardid obtuvo el más completo éxito. La preciosa muchacha, atraída por la hermosura de la voz de Alejandro, se asomó a la ventana preguntándose extrañada quién podría ser el dueño de tan potente y armoniosa voz.

Al fin Alejandro, oculto tras de uno de los pilares, levantó la vista por centésima vez y consiguió divisar a su adorado tormento.

Con todo el ardor apasionado de su alma enamorada, el indio soltó todo el torrente de su voz,

que se destacó límpida sobre las demás:

Hermosa reina, princesa del cielo...

Ramona escuchaba desde su ventana, fascinada por la maravillosa voz de Alejandro.

Terminado el himno, la joven salió de su cuarto llevando entre sus manos una urna de latón llena de helechos; bajó la escalinata y se dirigió a la capilla.

Alejandro la vió atravesar el patio. Desde su escondite la contemplaba, bebiendo ansiosa y disimuladamente el espectáculo de su belleza y de su gracia.

—¡Ven, Alejandro; ven a esquilas las ovejas!—gritó con voz estentórea Juan Canito irrumpiendo bruscamente en el patio.

Pero el otro no se movió. Se hizo el tonto, pues su único deseo era seguir contemplando a Ramona. Y allí se estuvo callado e inmóvil sin querer hacer caso de las llamadas de Canito, hasta que Ramona pasó por su lado, tan cerquita de él, que le pareció oír los latidos de su corazón.

Una vez terminados los oficios religiosos empezó el esquila. En los corrales, centenares de corderos y ovejas esperaban su turno para ser esquilados. La cuadrilla capitaneada por Alejandro realizaba rápidamente su tarea, pues todos eran expertos y hábiles esquiladores. Los vellones de lana eran arrojados a Felipe, que los recibía en pie desde lo alto de una gran plataforma y los dejaba caer dentro de unos grandes sacos de tela cañamazo.

Ramona, que había acudido allí para gozar del espectáculo, notó algo raro en la actitud y en el rostro de Felipe. Parecía como si estuviese atolondrado; con fatigoso ademán se pasaba la mano por el rostro una y otra vez y por su desnuda cabeza, sobre la que caían a plomo los ardientes rayos de un sol tropical.

De repente dió un grito de horror: acababa de verlo tambalearse como si se fuese a desmayar y caer en seguida de cabeza dentro del saco vacío que tenía delante.

Alejandro, que también vió caer a Felipe, acudió presuroso en su

auxilio y subió a la plataforma seguido de Ramona, medio muerta de temor y de ansiedad.

Alejandro sacó a Felipe del saco, cogiéndolo entre sus membrudos brazos, y lo depositó en tierra con toda suavidad. Ramona acariciaba la cabeza de Felipe mientras gritaba palabras incoherentes, mirando al salvador de su hermano adoptivo a través de sus lágrimas, con tiernas miradas de gratitud. Su amigo, sintiéndose orgulloso de sus fuerzas, volvió a coger a Felipe entre sus brazos y se dispuso a conducirlo al cobertizo atravesando la *solanera*, causa de aquella insolación. La joven, temerosa de que pudiera dejar caer a Felipe, le manifestó sus temores...

—¿No tiene usted confianza en mí, señorita?—dijo Alejandro—. ¿No me cree usted capaz de llevarlo entre mis brazos, sufriendo los rayos de este sol abrasador? —Sí, confiaré en usted—dijo Ramona—. Usted es Alejandro, ¿verdad?

—Sí, señorita. Yo soy Alejandro—repuso orgulloso y feliz al ver que Ramona le conocía.

Durante unos momentos ambos se miraron profundamente. La joven leyó en su mirada un tributo de admiración a su belleza.

De pie sobre la plataforma, con el desmayado y débil cuerpo de Felipe entre los dos, permanecieron mirándose a los ojos, sus almas atraídas mutuamente por algo magnético... misterioso... por algo fatal y absolutamente incomprensible en aquellas circunstancias.

De repente, Alejandro hizo un esfuerzo sobre sí, rompió el hechizo y se separó de la joven, llevando a Felipe entre sus brazos. Pero ella le siguió vertiendo palabras de ternura y consuelo para el inconsciente Felipe hasta llegar a la hacienda.

Alejandro colocó a Felipe en su gran cama adosada, estilo español, y no lo abandonó hasta dejarlo entregado a los tiernos cuidados de Ramona, de la señora y del Padre Salvatierra.

La insolación produjo a Felipe una fiebre altísima.

Agitándose continuamente y presa del delirio exclamaba:

—¡Arroja la lana más de prisa, Alejandro! Más de prisa, más de prisa... Estos son unos vellones muy finos... ¡Dios mío! ¡Cómo me quema la cabeza este sol!

La señora y el buen Padre, arrodillados junto al lecho del enfermo, rezaban fervorosamente, pidiendo a Dios la salvación del pobre muchacho.

Ramona, trayendo en la mano la rosa favorita de Felipe, entró en la habitación andando de puntillas.

—Querida señora—musitó a la dueña—, ¿no se irá usted a dormir un rato y me permitirá cuidarle?

—Mi puesto está aquí y no lo abandonaré—contestó secamente el tirano.

Ramona, entristecida por la repulsa, no contestó; pero se dirigió al lecho del enfermo y tiernamente depositó la rosa entre las manos enfebrecidas de Felipe.

La señora dirigió a Ramona una mirada de celoso resentimiento.

—El perfume de las flores es un veneno para los enfermos—di-

jo al mismo tiempo que cogía la rosa y la tiraba por la abierta ventana.

Alejandro, que se hallaba al pie de la ventana, cogió la rosa, la besó y se la prendió en la pechera de su camisa. El Padre Salvatierra levantó la mano con ademán de suave reconvención.

—¿Por qué ha de estar esta chica tan fuerte y tan sana y mi hijo Felipe ha de estar en peligro de muerte?—exclamó la madre mirando indignada y colérica a Ramona. Y volviéndose al Padre con expresión mezclada de ansiedad y de cansancio, añadió: —Si mi hijo se muere, no podré soportar la presencia de esta chiquilla.

La pobre niña, herida en sus más delicados sentimientos por el exabrupto de su madre adoptiva, abandonó el dormitorio sollozando quedamente.

Alejandro, que seguía afuera apoyado en el marco de la ventana, saltó dentro de la habitación y se quedó parado observando la trágica escena. De repente empezó a cantar con voz grave y dulce. El ritmo de su canto tenía un no

se qué de magnético y subyugador que recordaba el misterioso canto de los saquies orientales cuando fascinan con él las víboras y serpientes. La cantinela prosiguió, lenta y suave, hasta que el delirio de Felipe se convirtió en un tranquilo sueño.

—¡Esto es un verdadero milagro!—exclamó el misionero, sorprendido de los misteriosos efectos de aquella rara canción.

—Sí, un milagro; eso es lo que necesitaba el pobrecito—murmuró Ramona que, olvidando las crueles palabras de la señora, había vuelto a su habitación guiada por su ansiedad.

Alejandro siguió cantando cada vez más suave, cada vez más bajo, con ternura que tenía algo de misterioso y subyugador; su voz fué debilitándose, como si se esfumase en la lejanía. Sus labios cantaban para Felipe, pero a sus ojos fijos en la amada se asomaba todo el amor que desbordaba de su corazón.

Cuando la última nota de su canto se apagó en el triste silencio de la habitación, cayó de rodillas

junto al lecho del enfermo y unió sus preces a las de los otros: el noble indio rezaba fervorosamente y pedía a Dios la curación de su amigo y rival en el amor de Ramona.

En el silencio ominoso, siniestro, de la alcoba, sólo se oía el rumor de las cuentas del rosario al chocar unas con otras y el chisporroteo de las velas que ardían ante la imagen de la Virgen; y el olor característico de la cera ardiendo llenaba el ambiente de un perfume nauseabundo, evocador del de las cámaras mortuorias cuando los fúnebres blandones alumbran piadosamente un cadáver de cuerpo presente.

El hecho parecía increíble, pero lo cierto fué que el enfermo se restableció rápidamente bajo el misterioso influjo de los cánticos del indio.

La convalecencia presentóse al fin y Felipe, agradecido, llegó a tener una gran intimidad con el indio. Su gratitud no fué óbice para que notase el creciente interés existente entre Alejandro y la joven. Fácil es imaginarse, pues, los su-

frimientos de Felipe al ver que su amor, tan profundo y tan vehementemente, sólo era correspondido con un cariño fraternal. Sin embargo, guardó para sí su amargo descubrimiento, sin proferir una palabra ni dirigir a ella una sola mirada que pudiera darle a conocer la tragedia de su alma.

Sin raciocinarlo, instintivamente, Alejandro y Ramona se rehuían mutuamente, pero, incapaces de evitarlo, se miraban a hurtadillas. Adivinaban que su mutuo amor tropezaría con grandes oposiciones y obstáculos, y se mostraban reservados y cautelosos en presencia de los demás.

Diariamente, Alejandro colocaba un ramo de flores silvestres sobre el alféizar de la ventana de su amada. Cierta mañana, la niña sorprendió a su amado cogiendo una flor marchita del florero y substituyéndola por otra recién cortada.

La joven se acercó y se ocultó detrás de las cortinas de la ventana. Él no la vió, pero durante unos momentos trató de explorar el interior de la habitación. Su imagi-

nación, sobreexcitada por la pasión, parecía atravesar las paredes y adivinar lo que no podía ver: el casto y albo lecho donde la adorada tal vez pensaría en él o tendría sueños llenos de ternura y de candorosa inocencia; el afortunado espejo que reflejaba su imagen deliciosa, cuando ante él peinaba los sedosos cabellos de su espléndida cabellera; la escultura de la Virgen ante la que rezaba y a la que amaba con toda la vehemencia de su corazón de huérfana ansioso de cariño maternal... Cuando más abstraído se hallaba en tan agradables imaginaciones, apareció ante sus ojos la figura gentil de la muchacha, sonriéndole con tierna sonrisa de felicidad y de amor.

—¿Conque es usted el ser misterioso que pone flores en mi ventana todos los días?—le dijo, cambiando la expresión amorosa de su semblante por otra de ingenua picardía.

—Perdóneme usted, señorita—murmuró el galán, todo azorado y pensando en huir.

Inió la retirada, pero la niña le miró de un modo tan elocuente,

que le hizo volver junto a la ventana, subyugado por la dulce y muda invitación.

Silenciosos y cohibidos, se miraban mutuamente a los ojos sin atreverse a hablar, mientras sus corazones *galopaban* dentro de sus pechos a la dulce y angustiosa carrera del amor.

Pero como de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso y las hijas de Eva han sabido, saben y sabrán siempre evitarlo, la muchacha, como siempre en estos casos *apretados*, fué la que tomó la iniciativa rompiendo el encanto de aquel arrobamiento que empezaba a ser demasiado largo. Sacó, pues, del búcaro la rosa que acababa él de colocar y aspiró su delicado perfume mientras cerraba los ojos con gesto mezclado de ingenuo candor y coquetón donaire.

No hace falta mucho más para que un hombre avezado en lances amorosos comprenda que "pisa en terreno firme"; pero aquel pobre indio, ingenuo con la ingenuidad de las razas primitivas, parecía "estar en la higuera", y sin decir esta boca es mía seguía contemplándola

arrobado como a un ángel inaccesible para él.

Pero el *ángel* dió otra vuelta al tornillo y se colocó la flor entre sus cabellos mientras acentuaba su sonrisa como diciéndole: "Pero hombre, no seas bobo y dime algo; ¿o esperas a que yo te diga que te quiero con todo mi corazón?"

Animado por ademán tan "elocuente", Alejandro empezó a perder su timidez y recuperó la palabra.

—Señorita — dijo suspirando y poniendo los ojos como los de un cordero degollado —, jamás la he visto tan linda como ahora.

La frase no era la de un Tenorio aguerrido; pero, en fin, "en cuestiones de amor y en cuestión de rascar, todo es empezar".

—Pero, amigo mío — contestó la niña sonriendo envanecida con el piropo —, ¿cómo puede ser eso, si usted me ha visto muy pocas veces?

—¡Ah! No, señorita; no lo crea usted así. Yo he tenido muchas veces el placer inenarrable de contemplar su angelical belleza sin que usted lo notase... ¡Cuántas ve-

ces la he contemplado a la luz de las estrellas, menos hermosas que usted!

El acento, la expresión y el tono de la frase fueron tan dulcemente apasionados, tan sinceros y subyugadores, que la niña se estremeció de amor y se ruborizó hasta el

blanco de los ojos. Mirando al suelo y con labios temblorosos por la pasión, exclamó a su pesar:

—¡Yo también he visto a usted muchas veces... muchas... antes de que le conociese... en mis sueños de mujer sedienta de ser amada por alguien!...

...

Pasaron los días y las semanas. Felipe se restableció por completo de su grave insolación.

El Padre misionero se marchó a su habitual residencia.

Y, entretanto, el Destino fatal iba tejiendo en silencio y hebra tras hebra la tela de la vida de la joven mestiza...

La noche apacible, serena, respiraba esa extraña poesía de las noches tropicales, tan llenas de paz, de aromas, de suaves rumores y de misterio...

En el alto firmamento centellea-

ban miríadas de estrellas; y la luna en toda su plenitud bañaba el patio de la vieja mansión con su luz plateada y misteriosa... Los blancos muros, la escalinata, los esbeltos pilares de los arcos, el aroma de las flores y la dulce paz que bajaba de los cielos daban al cuadro un ambiente romántico fuertemente evocador de los poéticos patios sevillanos...

Ramona salió de su habitación, descendió la escalinata y, deteniéndose un momento para mirar a su alrededor cautelosa y un poco asus-

tada, se deslizó sin ruido a través del patio. En sus cabellos llevaba todavía la flor de Alejandro. Su rostro hechicero parecía aún más bello entre los pliegues airoso de su mantilla de negras blondas.

En el preciso instante en que llegaba a la portalada del patio y se disponía a salir al campo, creyendo que nadie la había visto, Felipe surgió de repente frente a ella.

El muchacho la miró sorprendido de verla allí en aquellas horas, pero, desechando todo recelo, la saludó alegremente.

Ella procuró ocultar como pudo su nerviosa turbación: acababa de ser sorprendida en el momento en que se disponía a acudir a una cita clandestina con su amado bajo los sauces del arroyo.

Cuando Ramona se detuvo indecisa ante el empeño de Felipe en acompañarla, él la cogió una mano y exclamó:

—Mientras estuve enfermo pensé en muchas cosas, Ramona; mi imaginación ha evocado los días felices de nuestra infancia; las ale-

grías y las penas, que hemos compartido.

—Siempre fuiste un buen hermano para mí—repuso la joven con sinceridad, aunque muy contrariada por no saber cómo desembarazarse de su acompañante.

—Pero hemos crecido, Ramona—replicó Felipe con vehemencia—. Tú eres ya una mujer hecha y derecha; una joven de maravillosa hermosura y yo...

—No, Felipe, no—interrumpió ella vivamente—. Yo para ti y tú para mí, siempre seremos dos niños... ¡Adiós, adiós, hasta luego!

Felipe insistía en acompañarla; pero ella le empujó suavemente hacia atrás y salió corriendo hacia el campo.

El pobre muchacho, desconcertado y triste, se quedó inmóvil viendo cómo se alejaba. En su semblante, iluminado por la luna, se retrataban los celos y la amargura al pensar que aquella niña tan amada iría seguramente al encuentro de Alejandro.

Cuando la perdió de vista reemprendió el regreso hacia la casa ca-

bizbajo y pensativo. Al atravesar el patio tropezó con su rosal favorito, en plena floración. Lo atrajo hacia sí como si fuese a abrazarlo y se puso a oler la fragancia de una de sus rosas. Maquinalmente empezó a deshojar la flor y a contemplar cómo caían a tierra sus

pétalos; y sin darse cuenta de que hablaba solo, recitó en voz baja:

*Hojas del árbol caídas,
juguete del viento son;
las ilusiones perdidas
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazón.*

* * *

—Me vuelvo a mi pueblo, señora—dijo Alejandro con los ojos húmedos y la voz trémula cuando Ramona lo encontró junto a los sauces.

Ramona, al oír aquello se echó a llorar. Sus labios temblaban.

—¡No te vayas, Alejandro, no me dejes!

Al ver correr las lágrimas por aquel rostro adorado, el indio sintió oprimido su corazón por los más opuestos sentimientos: tristeza, alegría y repentina decisión.

—¿Llora usted al saber que me voy? ¿Y me tutea para suplicarme

que me quede? ¡Ah, niña mía adorada! ¡Ahora ya no temo ofenderla diciéndola cuánto la amo! ¡Ahora que sé que usted me ama, el mundo es pequeño para mí! ¡Dígame que no me equivoco, Ramona, dígame que no me equivoco!

—No se equivoca usted, Alejandro—dijo ella ruborizada—. Yo sabía hace tiempo que usted me amaba y yo... yo correspondo a su amor.

Alejandro, emocionado, la atrajo suavemente hacia sí y la abrazó con ternura. Ella, llorosa, reclinó su cabeza sobre el pecho del amado.

—¿Me amas, cielo mío?—muscitó él a su nido.

—¡Te amo, amor mío, te amo!—respondió la niña abandonándose a su dulce emoción.

Los ojos del amado flameaban de pasión. Sus bocas se juntaron con ansia febril y tres besos estallaron en el silencio solemne de aquella noche estrellada.

Después Alejandro la separó con la misma suavidad que la atrajo hacia sí, y sin soltarle las manos exclamó con vehemencia:

—¿Quieres ser mía? ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí, Alejandro!

En aquel crítico momento una voz áspera y aterradora rompió el dulce idilio. La señora de Moreno se hallaba ante ellos mirándolos con ojos terribles.

Los jóvenes se separaron vivamente, aterrorizados al ver aparecer tan inopinadamente a la terrible dama.

La joven, algo rehecha, intentó justificarse y apaciguarla, pero no tuvo tiempo de empezar.

—¡No te molestes en hablar!

¡No trates de justificar lo injustificable!—gritó.

Y volviéndose hacia el indio añadió:

—¡Y tú, indio despreciable, quedas despedido de mi casa! ¡No necesito ya tus servicios! ¡Fuera de mi vista!

—Vete, Alejandro, vete y olvida sus insultos—dijo Ramona mirando a la cara a su madre adoptiva con una serenidad que a ella misma le admiraba.

Alejandro obedeció sin chistar. Volvió bruscamente la espalda a su ex ama y se alejó con la cabeza erguida.

La joven trató por segunda vez de apaciguar a aquella "furia del Averno"; pero la dulce dama no estaba de humor para oír explicaciones, y, dejándose llevar de una ira incomprensible, dió a Ramona un manotazo en la boca y gritó:

—¡Silencio! ¡No me hables!

Y cogiendo a la pobre niña por un brazo la condujo a empuellones hasta la casa. Al llegar a la puerta de la habitación de Ramona le dió el postrer empujón; y la joven re-

trocedió, tambaleándose hasta caer sobre la cama, donde quedó sollozando.

Desde el umbral de la puerta la dama la miró unos instantes con odio implacable; después se volvió bruscamente y, dando un portazo, se alejó.

La víctima inocente se levantó de la cama sollozando aún y se postró de hinojos ante una imagen esculpida de la Virgen María.

Su cuerpo desmadejado y su lamentable estado moral le daban el aspecto de una débil caña tronchada por la tempestad.

* * *

Cuando al día siguiente salía el sol por detrás de las lejanas colinas, la dueña de la hacienda se asomó a la ventana de su cuarto y se puso a cantar el himno a la mañana; sus manos manoseaban, como de costumbre, las cuentas de su rosario, con ademán inconsciente y familiar.

En su fanatismo medieval, desprovisto de todo espíritu evangélico, cantaba fervorosamente sin notar el contraste grotesco y paradójico entre su devoción de aquel momento y la cruel impiedad de la escena del día anterior.

Al oír las primeras notas moduladas por su verdugo, Ramona se levantó del suelo, donde había

pasado toda la noche postrada ante los pies de la Virgen, precioso refugio en sus horas de tribulación.

Intentó cantar también; pero su pena era tan grande, se sentía tan profundamente desgraciada, que no consiguió hacerlo: las palabras del himno morían en su garganta sin poder subir a sus labios.

Alejandro, que había pasado toda la noche vagando tristemente alrededor de la ventana de su amada, unió su voz a la de los otros cantores, esforzándose en que sobresaliese sobre todas las otras; elevaba el tono todo lo que podía con la esperanza de que la joven le oyera y supiera que aun

estaba allí, que jamás la abandonaría, pasase lo que pasase.

Su hermosa y potente voz de barítono llegó a los oídos de la joven, que corrió a la ventana asustada al comprender que su amado seguía en la finca a pesar de haber sido despedido. Una extraña felicidad iba inundando su corazón a medida que llegaban hasta ella las estrofas moduladas por el indio con rara inspiración. Por fin volvió la voz a su garganta y empezó a cantar en tono dulce y apasionado.

Felipe, que también cantaba, salió de su cuarto.

Estremecido por los celos oyó las voces de Ramona y de Alejan-

dro, que cantaban el uno para el otro, y vió sus rostros radiantes en los que se retrataba la alegría de un amor correspondido.

En su corazón dolorido los celos más feroces crecían y crecían por momentos; pero convencido de lo irremediable de su desgracia, se esforzaba en rechazarlos.

Quería seguir cantando y las palabras salían roncas y balbucientes de su garganta henchida por los sollozos a punto de estallar. Sus ojos estaban cegados por las lágrimas y su corazón desfallecía, pero él, heroicamente, seguía cantando, cantando... y llorando al mismo tiempo.



Allá en los lejanos tiempos
de la antigua California...



Alia, de porte severo y varonil...

Así Hegeron a la hacienda...



—Tú puedes ir a tu habitación...



— ¡Vete a tu cuarto!



— ¡Querido Felipe! ¡Qué bueno eres!

Remona bailaba el fandango español...



Cuando llegó junto
a él se arrodilló...



Alejandro, capatze de los esqui-
ladores...



—No se equivocó usted, Alejandro...



— ¡No intenten de justificar lo injustificable!



— Es inútil que me diga sí que me ensche nada...



—¿Y yo te meteré en un convento y no volverán a ver jamás a ese indio?



...estreñete de ansiedad ante la perspectiva de su próxima fuga.



—Gracias, mi Buen Felipe,
muchas gracias.



El se quedó mirándola...

* * *

La señora de Moreno no sabía estar mucho rato sin mortificar y hacer sufrir a su pupila; volvió, pues, a su habitación y volvió a la carga:

—¿Qué tienes que decir para justificarte?—gritó en cuanto estuvo en presencia de la joven.

—Señora, yo no he cometido ninguna falta. Alejandro y yo estamos prometidos y vamos a casarnos—respondió la muchacha con gran serenidad.

—¿Casarte? ¡Casarte con un indio! Todavía sería un salvaje desnudo si nosotros no hubiésemos venido a este país para civilizar su pueblo y su raza.

Ramona dió un salto hacia adelante y avanzó agresiva hasta poner su rostro casi pegado al de la dama.

Con voz pastosa y ronca por la ira respondió:

—¡El padre de mi amado es el jefe de su tribu y está muy orgulloso de su sangre y de su raza!

—¿Qué motivos tiene para estarlo? ¿De dónde le viene tan necio orgullo? Su raza nunca será más que una raza despreciable, inútil para todo lo que no sea la servidumbre.

Ramona no quiso hacer caso de los juicios insultantes de la señora y, levantando la cabeza con alti-

vez, los ojos centelleantes, resuelta y tranquila:

—¡Pues yo le amo, le prometí casarme con él y le cumpliré mi palabra!—gritó mirando a su interlocutora cara a cara y con expresión de desafío.

El viejo terror a su protectora había desaparecido para siempre; en aquel instante la niña comprendió que aquel era el primer momento en que su alma conocía la libertad y la independencia.

—Hablas como una loca—repuso la señora con desdén—. Tendré que encerrarte en un convento.

—No se atreverá usted a hacerlo. Su hijo Felipe no lo permitiría.

—Mi hijo no querrá nada contigo cuando sepa la verdad.

—Está usted completamente equivocada, señora; Felipe es amigo de Alejandro... y amigo mío.

—Eso ya lo veremos, ya lo veremos. Por lo pronto, sígame usted, señorita Ramona—. Y abriendo la puerta de la habitación salió mirando para atrás por encima del hombro para ordenar de nuevo: —Sígame usted.

Las dos mujeres llegaron al

dormitorio de la señora, que cerró las dos ventanas y corrió las pesadas cortinas. Ramona, asustada con tan misteriosos preparativos, seguía temblorosa con la vista todos los movimientos de su madre adoptiva. Todos los objetos de la estancia flotaban ante sus ojos como envueltos en una neblina. La señora, con maliciosa sonrisa, abrió una alacena oculta tras una imagen de Santa Catalina.

Con lentos ademanes procuraba intensificar y prolongar los temores de la joven.

—Ahora te explicaré por qué no te casarás con ese indio—dijo la dama con diabólica sonrisa mientras sacaba un mustio papel amarillento de una arca de hierro, que sacó arrastrando del escondite.

El terror de Ramona se disipó como por encanto: le pareció imposible que de aquel arcón pudiera salir nada capaz de hacerle variar de propósito. Miró, pues, fijamente a su enemigo y en tono de desafío casi tan insolente como el de su madre adoptiva, exclamó:

—Es inútil que me diga ni que me enseñe nada, señora; yo me ca-

saré con Alejandro; esté usted segura de ello.

—No me interrumpas y ten paciencia—repuso la señora mientras sacaba del arca bandeja tras bandeja y las colocaba sobre la mesa.

Ante los ojos maravillados de la joven brillaron preciosas y valiosísimas gemas traídas hasta allí desde los cuatro puntos cardinales. Aquello era un verdadero tesoro de joyas, una colección de anillos, pendientes, brazaletes, collares y broches que valían el rescate de un rey.

Ramona contemplaba todo aquello maravillada y anhelante de curiosidad, pero sin sentir la más pequeña codicia.

La señora de Moreno puso ante la vista de la joven el amarillento papelucho y dijo:

—Esto fué escrito por mi hermana la señora de Ortega, que te adoptó y te dió su nombre.

Durante algunos minutos la señora leyó el papel párrafo tras párrafo, con ceño adusto y amenazador.

—Ya ves, por este documento, que mi hermana me deja en liber-

tad de disponer como quiera de todo esto—dijo la lectora—. De ti depende que sea tuyo o no.

—¿Pero no dice quién fué mi madre?—exclamó la joven sin hacer caso del tentador ofrecimiento.

La señora miró a la muchacha con asombro, sin poder comprender su indiferencia ante las preciosas joyas; y en tono de desprecio exclamó:

—Tu madre fué una india. Una vil india vulgar.

Al oír cómo insultaban a su madre, Ramona exhaló un grito de rabia y de dolor; sus mejillas enrojecieron hasta el escarlata y sus ojos relampaguearon de ira; y gritó:

—¡Ah, ya! ¡Conque yo soy una india! ¡Por eso es por lo que usted me ha odiado siempre!

La señora de Moreno volvió el rostro con desagrado como si tuviera a menos responder; pero en el fondo de su conciencia comprendía lo injusto y cruel de sus sentimientos.

—Pues si soy una india ¿por qué se opone usted a mi matrimonio con Alejandro? ¡Ahora estoy

muy contenta y orgullosa de saber que soy de su misma raza!

Se acercó tanto a su madre adoptiva y en tal actitud, que por vez primera ésta empezó a tenerla un poco de miedo.

—¿Dónde está mi madre? ¡Dígamelo, dígamelo e iré en seguida en su busca!

—Era una viciosa criatura, de la más baja estofa, con la que tu padre cometió la locura de casarse, cuando ya había perdido la cabeza—dijo con fría mirada de desprecio, entornando los ojos.

—Y ¿cómo se llamaba mi padre?

—Angusphail. Era un escocés que se hizo un borrachín incorregible y repugnante cuando mi hermana se negó a casarse con él.

Los papeles parecían cambiados. Ahora era la joven la que interrogaba en tono autoritario y la anciana la que respondía en tono más bajo y algo temeroso. Volvió ésta junto al arca y con mano rápida empezó a sacar vestidos, chales, cintas adamascadas, de seda y de raso, antiguos encajes de un amarillo marfileño, que parecían

tejidos por las hadas, túnicas y faldas bordadas, de satén y de terciopelo.

Para excitar su codicia, la anciana iba colocando sobre las sillas prenda tras prenda, adorno tras adorno.

Los ojos de Ramona se iban deteniendo sobre cada una de aquellas maravillas femeniles con miradas de admiración, pero sin pensar siquiera en que aquello pudiera ser para ella.

—Si te casas dignamente y... con mi permiso, todas estas joyas, todos estos vestidos y todos estos preciosos adornos serán tuyos.

Ramona no contestó. Con mirada soñadora cogió un pañuelo de seda carmesí. Con mucha humildad y sin tocar ninguna de las perlas, diamantes, esmeraldas y rubies que había sobre la mesa, preguntó:

—¿Este pañuelo fué también de mi padre?

La anciana bajó la cabeza afirmando.

—Las joyas puede usted regalárselas a la Iglesia, señora—dijo Ramona con naturalidad—, pero le agradecería me permitiese con-

servar este pañuelo de mi pobre padre.

—Le diré al Padre Salvatierra lo que sucede y cuando te hable no te atreverás a desobedecerme—dijo la dama dejándose llevar de su fanatismo religioso.

—Puede usted decirle lo que quiera. ¡Yo me casaré con Alejandro!

—¡Y yo te meteré en un convento y no volverás a ver jamás a ese indio!

Y completamente fuera de sí, rabiosa al ver frustrados sus planes y resistida su despótica autoridad, la dama empezó a plegar los vestidos mientras decía:

—No tengas cuidado... ya te daré una suerte mejor...

—¡No lo crea usted; yo me casaré con Alejandro!—interrumpió Ramona con gesto altivo y echando una mirada a la anciana, que la asustó.

—Entonces sufrirás las consecuencias—repuso rabiosa y amenazadora—. Vete a tu habitación y no hables de esto con Felipe.

Ramona inclinó la cabeza asintiendo y salió de la habitación, cerrando la puerta.

La anciana quedó sola, agitada, nerviosa, en medio de todas aquellas riquezas tan desinteresadamente despreciadas por su pupila.

* * *

—¡Felipe! ¡Felipe! ¿Dónde estás?—gritaba Ramona buscando a su amigo de la infancia por el patio, mientras corría como una corza perseguida por los perros.

Un momento después Ramona se hallaba en los brazos de Felipe.

—Sí, querida, sí; lo sé todo. Alejandro me lo ha contado todo franca y lealmente—dijo él con ternura que tenía tanto de amorosa como fraternal.

De repente apareció en lo alto

de la escalinata la terrible figura de la señora de Moreno. La ira la hizo enrojecer al ver a su pupila consolada y animada por su propio hijo.

—¡A tu habitación, Ramona!—aulló más que gritó—. ¡Vete a tu habitación inmediatamente!

La joven, retorciéndose las manos con trágica desesperación, lanzó un profundo lamento que repercutió en el corazón de Felipe. Con los ojos henchidos de lágrima

mas se volvió a la señora de Moreno:

—Deseo darle las gracias, señora, por el hogar que me ha dado usted durante muchos años.

La señora de Moreno escuchó estas palabras con profundo silencio.

—Y a ti, Felipe...—añadió tendiéndole ambas manos—, por lo bueno que siempre fuiste para mí.

Felipe estrechó aquellas manecitas, suaves y tibias como el plumón de un pajarito, sin pronunciar una sola sílaba. Las palabras se ahogaban en su garganta.

Herida súbitamente por el recuerdo de todas las humillaciones sufridas, Ramona miró cara a cara a la orgullosa dama que por tanto tiempo la había hecho sufrir, y con ademán y mirada resueltos, a pesar de sus lágrimas, levantó la mano derecha y exclamó:

—Usted ha sido muy cruel, señora... Ha sido muy cruel conmigo y Dios la castigará.

Y sin esperar a ver el efecto que producían sus palabras, se alejó sin mirar a Felipe hasta perderse entre las flores del patio.

—¿Por qué no la deja usted que se case con Alejandro?—preguntó Felipe, avergonzado al pensar en la despótica crueldad de su madre—. Déjelos que se casen y sean felices. Así vivirían con nosotros.

—Prefiero verla muerta antes que casada con un indio.

—Alejandro es de una raza tan altiva como la nuestra y ella tiene la mitad de su sangre.

El furor de la señora contra Ramona pareció apaciguarse ante el nuevo tormento que se desencadenaba en aquel espíritu tan fanático y complejo. Ahora, en vez de odio, era un sufrimiento atroz lo que sentía su alma al ver que su adorado hijo, lo único que ella supo amar en la vida, se atrevía a defender a la odiada joven. Sus ojos estaban por vez primera inundados de lágrimas. Su pena era tan grande, que sentía lástima de sí misma y se abrazó a su hijo toda temblorosa.

Felipe la abrazó tiernamente; pero su corazón seguía latiendo por Ramona sin poder rechazar el resentimiento que, a su pesar, sen-

tia hacia su madre por su injustificada crueldad con la joven.

—Felipe, hijo—gimió la señora, adivinando lo que pasaba en el corazón de su hijo—. No permi-

tas que esa criatura ingrata se interponga entre nosotros dos. ¡Sería capaz de matarla si supiera que había de ser causa de que se entibiase tu cariño filial!

...

Alejandro y su amada se vieron de nuevo en el arroyo de los sauces.

—¡Alejandro! ¡Yo soy india!— exclamó Ramona con orgullo—. ¡Yo también soy india como mi amado!

—La alegría de eso hace tiempo que la disfruto yo... señorita...—respondió el indio estrechándola entre sus brazos y besándola apasionadamente—. Hace ya algún tiempo que vi en su rostro

y en sus ojos el alma de los míos.

Ramona sonrió complacida al ver que su amado había sabido adivinar que ella era de su sangre.

De repente y sin propósito de hacerlo, instintivamente, se arrojó en los brazos de Alejandro...

—La madre de Felipe no permitirá que me case contigo, pues me amenazó con encerrarme en un convento. ¿Qué sería de mí si tal hiciese? — añadió estrechándose contra su amado—. ¡No lo permi-

tus, amor mío! ¡Llévame contigo!

—Me la llevaré a usted, señorita — dijo Alejandro abrazando tiernamente a su amada—. Me la llevaré a usted, pero antes tengo que prepararle un hogar. No te-

ma, no tardaré mucho; dentro de cuatro días estaré de regreso.

—¿Nada más que cuatro días? ¡Sí no es más que ese tiempo, bien puedo tener paciencia en espera de mi felicidad!

...

Llevada de su carácter orgulloso y autoritario, la fanática señora seguía haciendo planes y proyectos para el porvenir, mientras

Ramona, ocupada en hacer encaje, pensaba en su amado Alejandro y en que... cuatro días pasan pronto... si se tiene paciencia.

...

Como todo llega, incluso la muerte, al fin llegó el día tan anhelado.

La tarde de aquel cuarto día, Ramona esperó a su prometido junto a los sauces del arroyo.

Con la natural impaciencia de su corazón enamorado, esperó toda la noche, sin notar que allí cerca, oculta detrás de unos árboles, su cruel perseguidora la espiaba con maquiavélica sonrisa.

Cuando las estrellas empezaron a ocultarse ante la luz de la mañana, Ramona se volvió a la hacienda disgustada y perpleja, sorprendida al ver que Alejandro no

venía, como le había prometido. Mientras regresaba a la hacienda iba pensando: "¿Habrá ocurrido alguna desgracia? ¡No lo quiera Dios! De todos modos él regresará, regresará porque me ama y no es capaz de abandonarme a mi desgracia."

A la puesta del sol del día siguiente, Ramona, vestida con un traje blanco, se hallaba echada en su cama.

Inmóvil, aunque despierta, estaba en ese estado *sui generis* de indolencia, de tristeza y de apatía, en que la mente fatigada parece vacía e incapaz de todo pensa-

miento. Alejandro no venía ni daba noticias de su suerte. Se sentó en la cama y miró a su alrededor desconcertada, como si acabase de despertar. Se arrojó del lecho de un salto y, riendo con risa histérica mientras se retorcia las manos, gritó:

—¡No! ¡Alejandro no está muerto!... ¡No puede estar muerto! ¡Lo siento cerca de mí! ¡Mi corazón dice que vive, pero no quiere decirme lo que le impide acudir en socorro de su amada!

Medio tambaleándose salió de la habitación, bajó al patio dando tropezones por la escalinata y emprendió el camino en dirección a los sauces, mudos testigos de sus días de felicidad. ¡Sauces amados que la vieron esperar durante dos interminables semanas el regreso del amado! ¡Catorce largas noches pasadas a la intemperie, bajo la luz de las estrellas, que centelleaban como si la hiciesen irónicos guiños al contemplar su espera silenciosa, paciente y humilde!

Por fin llegó a los sauces; miró a su alrededor procurando perorar las tinieblas de la noche y gri-

tó con desesperación, extendiendo los brazos hacia adelante:

—¡Alejandro! ¡Alejandro! ¿Dónde estás, Alejandro?

Ramona bajó los brazos desalentada y empezó a escudriñar a su alrededor.

De repente divisó la silueta del amado que, apoyado en un árbol, flaco, enfermo y silencioso la miraba tristemente.

El rostro de Alejandro se iluminó con súbita alegría cuando vio a su amada correr a su encuentro. Ella le besó con frenesí, con el ansia salvaje de la mujer enamorada que recupera el bien perdido. Él se echó atrás y ella descubrió la rara expresión de su rostro.

A la vista de aquellos ojos hundidos, y de aquel semblante triste, huraño y mudo, Ramona exclamó compadecida:

—¡Alejandro! ¡Amado mío! ¿Qué te ha ocurrido?

—¡Señorita mía!—repuso el indio con rara, ronca e inexpresiva voz—. ¡Ya no tengo hogar!... ¡Mi padre ha muerto! ¡Mi gente ha sido arrojada de la aldea por una banda de hombres blancos!...

¡Yo, ahora, no soy más que un mendigo!

A medida que el pobre hombre iba relatando sus desgracias, en el semblante de su amor iba retratándose el horror y la pena.

—Sólo vine para contemplar por última vez su rostro adorado, señorita; pero me iré, me iré, ya que no puedo ofrecerle más que el trágico espectáculo de mis desdichas.

—¡Llévame contigo, Alejandro mío, llévame contigo!—declamó Ramona sollozando y estrechándose contra el pecho del amado—. ¡Prefiero morir a que te separes de mí por segunda vez!

—Mi señorita sabe muy bien que mi vida es suya; pero, ¿cómo ligar mi vida actual a la de la señorita? Mi señorita es débil y delicada y se moriría por no poder resistir tantas penalidades.

—Yo soy fuerte, Alejandro—institió ella pegándose al amado—. Yo puedo trabajar y ayudarte. ¡Llévame contigo, amor mío, llévame contigo y tu gente será la mía!

El desgraciado indio, vencido y subyugado por tanta fidelidad, tan-

to amor y tanta abnegación, cogió a Ramona entre sus brazos y empezó a besarla tiernamente en los ojos y en los labios con apasionada gratitud.

—La llevaré conmigo, mi adorada señorita—dijo entre dos besos—, la llevaré conmigo aunque me cueste la vida.

—Esta misma noche, ¿no?—exclamó la joven, muy alegre—. Yo vendré a buscarte aquí mismo.

Y desprendiéndose presurosa de los brazos de Alejandro echó a correr hacia la hacienda con el corazón rebosante de felicidad.

La esbelta silueta del indio se erguía inmóvil, iluminada por la luna, brillantes los ojos mientras miraba alejarse a su dulce amor. Y mientras la miraba, la divina Esperanza, Ave Fénix que siempre renace de sus propias cenizas cuando ama el corazón, iba tejiendo silenciosamente en el alma del indio su mágica tela de ensueños. Y pensando en el porvenir se decía: "Huiremos esta misma noche; el Padre Salvatierra nos casará, su bendición de hombre santo atraerá sobre nosotros la felicidad y la ale-

gría, y pronto llegará el día en que habremos edificado por nuestro propio esfuerzo, nuestro dulce hogar."

Pero el desgraciado ignoraba

que, mientras él levantaba en el aire el dorado castillo de su futura felicidad, la implacable señora de Moreno le espiaba hacía mucho rato oculta entre los árboles.

Aquella misma noche la odiosa anciana fué a la habitación de su pupila. Al abrir la puerta quedó sorprendida viendo a Ramona en traje de dormir, arrodillada ante las velas encendidas, que alumbraban la imagen de la Virgen. Su fanatismo religioso pudo más que su impaciencia y esperó a que Ramona terminase sus oraciones.

—Tendrás que madrugar mucho, porque al amanecer saldremos para el convento de Santa Bárbara. Jamás volverás ya a ver a ese indio—dijo cuando Ramona se levantó.

La muchacha asintió en silencio;

pero su aparente conformidad sólo era un ardid para disipar las sospechas que pudiera abrigar su verdugo, puesto que en el preciso instante en que la señora de Moreno se retiró, Ramona se vistió rápidamente y empezó a empaquetar sus cosas, corriendo de un lado para otro, toda estremecida de ansiedad ante la perspectiva de su próxima fuga.

Pero la joven ignoraba que cuando su enemigo salió de la habitación había echado el cerrojo a la puerta, sin hacer ruido y sonriendo maquiavélicamente.

Pero la Providencia velaba por

...avanzó hacia ella...



—¡Cantemos el himno
a la melancolía, amor mío!

...se unieron en matrimonio...



—El Señor ha sido muy generoso con nosotros...



...las Misimas caldizas, todo lo habia recorrido...



Los heridos se lanzaron al agua...



Ramona y Alejandro contemplaban desde su zona aquella escena de horror.



...Ramona se inclinaba sobre la cuna de su pobre hija enferma...

—Te quito tu hijo y no te lo devolveré hasta que pongas buena a mi hija.



—¡Hija mía! ¡Mi pobre Ramoncita!



—Perdóname, Madre mía!



Y lloró a mares, profesando y
resignándose, alternativamente...

...oprimida por un presentimiento
de mujer...



...el viejo coche familiar la conduce a la hacienda.



Al principio la enferma escuchó
desconcertada y un poco tambor-
reosa...



...continuarán paseando por la cima
de la colina...

ella. Felipe vió cómo su madre cerraba la puerta. Mientras la acompañaba hasta el patio concibió un plan estratégico para que su hermana adoptiva pudiera escapar. Hizo, pues, que se sentase en un banco del patio y le dijo:

—La noche está hermosísima; iré por la guitarra y tocaré un poco para distraerla, madre mía.

Ramona, cuando terminó de hacer su pequeño equipaje, se dirigió hacia la puerta y trató de abrirla cautelosamente; pero quedó sorprendida y asustada al encontrarla cerrada. Corrió a la enrejada ventana y, al ver que también por allí era imposible la fuga, empezó a dar vueltas por la habitación como pájaro enjaulado. Aterrada, pensaba en que Alejandro la esperaba y en que la señora de Moreno al fin se saldría con la suya y la encerraría al día siguiente en el convento.

Sobresaltada y anhelante, oyó que la llave giraba en la cerradura. Creyendo que sería su verdugo, se preparó para lo peor. Pero cuando miraba la puerta con ojos dilatados por el espanto, ésta

se abrió lenta y silenciosamente, y el rostro de Felipe apareció sonriente y cariñoso.

—No te muevas y escucha—dijo en voz muy baja, deteniéndola con el ademán—. Voy a cantar y tocar la guitarra en el patio para distraer la atención de mi madre mientras tú te escapas.

—Gracias, mi buen Felipe, muchas gracias—repuso loca de alegría besándole tierna y fraternalmente en ambas mejillas.

Felipe sintió una punzada en su corazón, que parecía próximo a romperse; pero tuvo el heroico valor de sonreír a pesar de su inmenso dolor, consiguiendo una vez más que Ramona no sospechara su amorosa pasión.

—Felipe, eres muy bueno y siempre te querré—suspiró.

El se quedó mirándola y en un arrebato irrefrenable la abrazó y la besó.

Ramona, sorprendida, se apartó diciendo:

—¡Felipe!... ¡Mi Felipe!... ¡Hermano mío!

Al verla asustada y afligida, Felipe dominó sus impulsos e incli-

nándose galantemente la besó con suavidad la punta de los dedos.

—¡Adiós, Ramona!—dijo emocionado—. ¡Que Dios te bendiga... y a Alejandro también!

Con los ojos velados por las lágrimas y temiendo confiar demasiado en sus fuerzas, se separó de Ramona, salió de la habitación y bajó al patio tambaleándose de pasión insatisfecha hasta que vio a su madre, que le esperaba.

Momentos después, los acordes de la guitarra de Felipe llegaron a los oídos de la joven.

—¡Ah, mi querido Felipe, qué bueno eres!—musitó mientras salía de su cuarto.

Cautelosamente llegó hasta el patio, que atravesó lentamente lanzando tiernas miradas de despedida a todos aquellos lugares, mudos testigos de su infancia feliz y de su desgraciada adolescencia. Quería llevarse un dulce recuerdo de su pasado.

Y entretanto, la trágica ironía del Destino obligaba a Felipe a cantar y tocar la guitarra, teniendo que ahogar los sollozos que su-

bían a su garganta y disimular delante de su madre la pena horrible que destrozaba su corazón.

Al llegar a la portalada de la hacienda, Ramona se volvió, envió un beso a Felipe con la punta de los dedos, se secó una lágrima y se hundió en las tinieblas de la noche para correr en busca del amado.

Capitán, su perro favorito, se abalanzó sobre ella moviendo la cola alegremente. Ella se detuvo y le acarició.

—¿Quieres venir conmigo, *Capitán*? Tu compañía será siempre un recuerdo del hogar que dejó.

Alejandro, al divisar la obscura silueta de su amada que se aproximaba a los sauces, avanzó hacia ella y la besó tiernamente para disipar sus temores. Después silbó. Su jaca torda y *Baba*, el caballo favorito de la joven, salieron de unos matorrales y se acercaron obedientes al llamamiento.

—¡Maravilloso *Baba* mío!—dijo Ramona sorprendida—. ¿Te envió la Providencia en busca de Alejandro?

—Yo creo que la Providencia

fué a mí a quien envió en su busca —dijo Alejandro sonriendo con picardía.

Montaron a caballo y emprendieron la marcha al paso, cabalgando muy cerquita el uno del otro.

—Me parece que debiéramos apresurarnos todo lo posible, querida señorita.

Pero Ramona, coqueta hasta en las horas de peligro, no hizo caso de la prudente advertencia e, inclinando cariñosamente la cabeza hacia Alejandro, se quedó mirándole provocativamente al fondo de sus negros ojos.

—¿Por qué no me llamas nunca Ramona?—preguntó con un poco de maliciosa extrañeza.

—Yo nunca pienso en tí como Ramona; yo siempre pienso en tí como Majella... el nombre indio de la paloma torcaz.

—¡Majella!... ¡Majella!—repetía Ramona saboreando aquel nuevo nombre que tan agradablemente sonaba en sus oídos.

Después miró a su bienamado y susurró con gachonería:

—Desde este momento ya no quiero ser Ramona... quiero ser la Majella de Alejandro.

El indio, que la contemplaba con amor y con orgullo, notó en su semblante una extraña expresión de melancolía, sin poder adivinar que ella estaba pensando en Felipe, ni oyó que sus labios musitaban:

—Para Felipe... quiero ser siempre Ramona.

Tampoco ella se daba cuenta de sus propios sentimientos: no comprendía que su sangre india era la que la hacía Majella para Alejandro, y su sangre blanca la hacía Ramona para Felipe.

• • •

Temiendo ser perseguidos, se refugiaron durante tres días en un cañón apartado y oscuro. Cuando se apearon ella descansó un rato en los brazos de su amado, contemplando las estrellas, sus rostros iluminados por las llamas de una hoguera. Detrás de ellos, los caballos desensillados y trabados, pacían la fresca hierba. *Capitán*, sentado sobre sus patas traseras, vigilaba cerca del fuego como fiel centinela. Un arroyuelo que nacía de la hendidura de una roca murmuraba su eterno "glu-glu" y regados por él los cercanos helechos crecían con lujuria tropical.

—Esto me parece el mejor ho-

gar que he disfrutado en mi vida. El ser india, ¿es lo que me da tanta alegría?—dijo Ramona.

Alejandro le contestó afirmativamente con una mirada afectuosa.

—Hablas como hablan los pájaros y las flores; sin decir nada—murmuró Ramona.

—Y tú, Majella mía, hablas en el lenguaje de nuestra raza y piensas y sientes como nosotros.

Se levantaron. Alejandro la condujo a un lecho fabricado por él con delgadas ramas, sobre las cuales extendió fascas de lustrosos helechos.

—Y tú, ¿dónde vas a dormir,

Alejandro?—dijo ella contemplando con delicia el improvisado y blando lecho.

—Esta noche no duermo. Velaré tu sueño, Majella mía. Mañana dormiré y tú vigilarás.

Ramona se acostó y le tendió los brazos; él se arrodilló y la estrechó contra su pecho. Ella ciñó sus brazos alrededor de su cuello y ambos se dieron el beso de despedida; un beso tierno y casi solemne.

La aurora llegó extendiendo por el horizonte las suaves tintas de sus policromados celajes. Ramona despertó de su ligero sueño y miró a su amado, que arrojaba leña en la hoguera. Se incorporó, miró a su alrededor, disfrutando del poético espectáculo de aquel amanecer

tan hermoso, y exclamó poniéndose en pie:

—¡Cantemos el himno a la mañana, amor mío!

Las voces de ambos vibraron a dúo en dulce cadencia rompiendo el solemne silencio de la agreste campiña.

Capitán se acercó a la cantora y se puso a lamerle las manos.

Emocionados ante la dulce poesía de aquel amanecer maravilloso y por su propio fervor religioso, cayeron de rodillas y continuaron cantando, la alegría, la felicidad y la dulce paz rebosando de sus corazones:

*Al cielo en esta hora
se eleva el corazón,
pues viene con la aurora
de Dios la bendición.*

* * *

Y en la vieja Misión de San Diego y ante el altar de su capilla, de doradas imágenes iluminadas suavemente por los rayos del sol que se filtraban a través de los empol-

vados cristales de sus ventanas, Ramona y Alejandro se unieron en matrimonio bendecidos por su común amigo, el buen Padre Salvatierra.



Tres años después, bajo las dilatadas sombras de las montañas de San Jacinto, Alejandro fumaba su pipa cierto día, vigilando con paternal orgullo a su hijita Ramona.

La preciosa criatura, un querubín ojinegro, imagen viviente de su madre, jugaba con un perrito con la infantil alegría de su corazón inocente.

En la cocina de la casa, Ramona, vestida con telas indias de policromados dibujos, trataba en el horno una sartén colmada de tortillas. Limpiándose las manos con el de-

lantal, salió al exterior y se puso a contemplar los juegos de su hijita, mientras sonreía con la divina sonrisa del amor maternal.

—Dios ha sido bueno para nosotros, Alejandro—dijo la joven.

—Sí, Ramona, Dios ha bendecido nuestro amor y se ha complacido en nuestra felicidad—dijo el indio dando una chupada a su pipa.

—El Señor ha sido muy generoso con nosotros... Rebaños en la falda de los collados... ganado en las praderas... trigo en los campos... su divina providencia no

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

pudo ser más pródiga en sus favores...

Y poniendo una mano en el hombro de su esposo, añadió dulcemente:

—Pero "aquello" es el mejor tesoro que Dios nos ha dado.

Y al decir "aquello" señalaba con el dedo a Ramoncita.



Allá en el lejano rancho de la señora de Moreno, Felipe salió un día al patio. Su semblante se hallaba demacrado y macilento. Por su corazón debía haber pasado el huracán de la tragedia.

Desde San Diego a San Francisco el pobre muchacho había recorrido su viacrucis buscando inútilmente a sus dos amigos. Las aldeas indias, los campos cubiertos de doradas mieses, las Misiones católicas, todo lo había recorrido sin encontrar la más pequeña huella de Ramona ni de Alejandro, a los que quería ayudar ofreciéndoles un hogar en la vieja hacienda de su madre.

Varias muchachillas mejicanas se hallaban jugando. Al verle, las risas se extinguieron en sus labios y se quedaron mirándole con dulce simpatía, pues sabían su triste historia.

En un portal se hallaban de pie Marta y Juan Canito, llorosos y afligidos.

—Nuestro señorito no volverá a ser jamás el mismo de antes—dijo Marta.

Juan Canito sacudió la cabeza asintiendo tristemente.

—La vieja hacienda se le cae encima al pensar en la ausente y en su pobre madre durmiendo el

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sueño eterno bajo los árboles de la pimienta.

Con aire de sonámbulo, Felipe se acercó a su rosal favorito y lo atrajo hacia sí, contemplándolo con ojos soñadores. Su imagina-

ción enfermizamente sobreexcitada por los dolorosos recuerdos evocó con tal intensidad la imagen querida de Ramona, que le pareció verla sonriéndole amorosa desde el fondo de la corola de una flor...

* * *

Cierto día, la aldea de los Temecula, residencia de Ramona y de Alejandro, se vió sorprendida por la llegada de hombres de otra raza, seres proscritos, de brutales instintos, hechos para robar y asesinar, tipos repugnantes de hombres viciosos sin fe y sin ley.

El jefe de los bandidos—un hombre fornido, de rostro brutal, mirada penetrante y desconfiada, y bigote grande y lacio—ordenó hacer alto a su gente y empezó a dar sus órdenes para el ataque.

—Quemad sus cabañas—exclamó con ferocidad—. ¡Conducidlos a la montaña y matad sin compasión a esos condenados pieles rojas!

Los bandidos—verdaderas fieras, que asesinaban riendo—asintieron con perversa satisfacción.

—Aquella es la casa de Alejandro, el marido de la linda mestiza—añadió el bandido señalando con el dedo una casa de adobes situada al pie de la montaña—. A él, matadle, pero respetad a la mujer y la casa, que me reservo para mí.

Los bandidos se lanzaron al ataque.

Las riendas flojas, inclinados sobre las crines de sus magníficos caballos, blandiendo en la mano derecha sus armas de fuego, descendieron al galope la montaña e irrumpieron en las estrechas calles

de la aldea, lanzando gritos salvajes, blasfemando y disparando sus armas a diestro y siniestro.

Sorprendidos y aterrados, los pacíficos indios trataron de escapar; pero, acosados por los jinetes, eran cazados como conejos.

En medio de aquella horrible matanza, entre los gritos lastimeros de los heridos y el estertor de los agonizantes, un anciano jefe indio pedía misericordia para los suyos.

El capitán de los bandidos lanzó un terrible juramento, se empuñó sobre los estribos y disparó su revólver. El pobre viejo se tambaleó, miró a su verdugo con expresión inenarrable, dió unos cuantos pasos vacilantes y cayó muerto con la cara en el polvo.

Una joven madre, llevando en sus brazos un niño de pecho, apareció aterrorizada en el umbral de la puerta de su humilde casa. Uno de los rufianes le apuntó con su revólver sonriendo burlescamente, y disparó.

En las ansias de la muerte la pobre madre estrechaba contra su pecho al hijo de sus entrañas. El

caballo del bandido saltó por encima del cadáver, pero midió mal el salto y sus cascos aplastaron el débil cuerpecillo del niño, que quedó allí al lado del cadáver de su madre, como una masa sanguinolenta.

Terminada la matanza, los bandidos incendiaron la aldea. Las llamas se alzaban cada vez más altas iluminando el cielo de rojos resplandores y alumbrando aquel trágico cuadro de pesadilla, mientras los indios despavoridos corrían de un lado para otro sin conseguir escapar a la implacable muerte.

Ramona y Alejandro contemplaban desde su casa aquella escena de horror. Una y otro presentían que los bandidos caerían sobre ellos antes de amanecer.

Ramona cogió en brazos a su hijita, la estrechó contra su pecho y se pegó a su esposo, aterrorizada, mientras él permanecía erguido, inmóvil y silencioso. Al ver a los bandidos cabalgando en dirección hacia allí, la joven esposa creyó enloquecer de terror.

—¡Huyamos, esposo mío!—suplicaba entre lamentos.

—Prefiero morir antes que abandonar a esos asesinos mi hogar y mi hacienda—murmuró él sin moverse, en actitud de resignado estoicismo.

Ramona, llorando a mares, le abrazó, insistiendo en que huyeran.

—Recojamos lo más indispensable y busquemos la salvación en algún rincón de la montaña. Ya que no lo quieres hacer por mí, hazlo por nuestra pobre hijita.

El pensamiento de su hijita asesinada o huérfana le hizo cambiar de opinión instantáneamente.

Ramona y Alejandro con su hija en brazos salieron de la casa apresuradamente, después de empaquetar las cosas más indispensables, haciendo un fardo, que portearía el noble cuadrúpedo *Baba*. Antes de huir, Ramona se dirigió a la cocina, encendió fuego y arrojó sus brasas por el suelo y por los enseres con intento de incendiar la casa antes que consentir que se la apropiasen los bandidos.

Poco rato después, Ramona contemplaba el incendio de su casa desde su apartado refugio. Las

llamas subían hacia el cielo, convirtiéndose en una brasa enorme su amado hogar.

La rabia del bandido al ver fracasados sus infames propósitos no es para descrita.

—Recoged el ganado vacuno y las ovejas—gritó entre dos blasfemias—. Ellos nos indemnizarán de las molestias.

Alejandro levantó una mano y fulminó una maldición contra los bandidos. Y, abatido y desesperado, se tiró al suelo con la cabeza entre las manos.

Ramona, que se hallaba en pie a su lado, se agachó y se abrazó a él para animarle y consolarle. Ramoncita, asustada y llorosa, rodeó el cuello de su madre con sus bracitos.

—¡Todo se ha perdido, Ramona, todo se ha perdido!—exclamaba Alejandro con abatido acento.

Ramona, con el valor sublime y abnegado de todas las de su sexo en las horas sombrías del dolor, señaló la cumbre de una montaña que se destacaba en la lejanía y exclamó:

—¡Allí, en lo alto de la cadena

de montañas coronadas por la nieve y cubiertas de bosque, allí conquistaremos un nuevo hogar, Alejandro!

Pero él movía la cabeza tristemente, encerrado en su sombrío abatimiento. Al fin se levantó del suelo, contempló un instante su hogar convertido en cenizas y reanudaron la marcha.

Y caminando, caminando hora tras hora, seguidos del fiel *Capitán*, avanzaron al encuentro de la montaña.

En un lugar lejano y apartado de los prejuicios raciales de crueldad y opresión construyeron su nuevo hogar: una cabaña hecha con troncos de árboles abatidos por sus propias manos. Medio oculta como un nido de águilas, entre los altos y susurrantes pinos de la montaña, era un refugio pintoresco y tranquilo contra la codicia de los blancos y el punto de apoyo de sus nuevas esperanzas.

—Esto es demasiado pequeño, Majella—dijo Alejandro cuando apreció las dimensiones de su nueva casa.

—Sí, demasiado pequeño para

contener tanta dicha—repuso Ramona—, pero bastante grande para cobijar nuestra pequeña familia.

Y allí vivieron, en efecto, tranquilos y felices hasta cierto día en que la fatalidad y la tragedia volvieron a visitarles.

A una de las ventanas de la cabaña vino un pájaro cierta mañana y empezó a golpear con sus alas contra los vidrios, mientras Ramona se inclinaba sobre la cuna de su pobre hijita enferma. Demacrada y medio muerta de cansancio por las largas noches pasadas velando a la enfermita, Ramona contemplaba los aleteos del pajarroco, pensando, estremecida de horror, que aquello podía ser un presagio de muerte. Agitando con frenesí los brazos, se abalanzó hacia la ventana para ahuyentar el agorero pájaro, pero veía con espanto que el ave volvía a la ventana una y otra vez.

Alejandro llegó de larga caminata, dando muestras de abatimiento.

Ramona, con asustada e interrogante expresión retratada en su

semblante, se precipitó a su encuentro.

—¡El doctor no quiere venir!— exclamó Alejandro con trágico acento—. Le ofrecí oro en polvo, pero no quiere venir. ¡Y nuestra hijita se morirá!

—¡No, no morirá!— gritó la madre con el alma agonizante—. ¡Yo se la llevaré al doctor!

La idea fué una feliz inspiración para los dos.

¿Por qué no se les habría ocurrido antes? Minutos después el padre preparaba una especie de lecho sobre la grupa del caballo, y esperó a su esposa para emprender el camino en busca del doctor.

Mientras tanto, Ramona, viendo empeorar por momentos a su hija, se dirigía a la Virgen que tenían en un nicho de la cabaña y quitó de los divinos brazos de la Virgen Madre la pequeña escultura de su Divino Hijo.

—Te quito tu Hijo y no te lo devolveré hasta que pongas buena a mi hija—exclamó dirigiéndose a la sagrada imagen con ademán extraviado de madre próxima a la demencia.

Al volver junto a la cunita de su hija, creyó morir de dolor; y, al entrar en aquel trágico instante en la cabaña, Alejandro, viendo lo que ocurría, gritó, con expresión inenarrable de dolor:

—¡Hija mía! ¡Mi pobre Ramoncita!

Con los ojos desorbitados, Ramona miró aquel cuerpecito sin vida.

Con ojos vidriosos Alejandro miró a su esposa, que se sentó en el suelo con su hijita entre los brazos, acariciando su inerte cuerpecito, meciéndola lastimeramente, besándola como una loca y bañando el rostro lívido del cadáver con sus quemantes lágrimas.

De repente Ramona tomó la imagen del Niño Jesús y se lo devolvió a su Madre. Y cayendo de hinojos ante la Madre de Dios y de todos los hombres exclamó bañada en lágrimas:

—¡Perdóname, Madre mía! ¡En mi dolor egoísta de madre no supe lo que hacía! ¡Cúmplase tu divina voluntad y acoge misericordiosa en el coro de tus ángeles a mi pobrecita hija!

Y lloró a mares, protestando y resignándose, alternativamente, como si su razón la abandonase...

De repente, la madre oyó el ruido de una sierra y se estremeció; sus lágrimas, como fuente inagotable, volvieron a correr por sus mejillas. Afuera, el padre, triste y silencioso, aserraba unas toscas tablas sin cepillar, con las que fabricaría el ataúd de su hija. La madre oía enloqueciendo por momentos el fúnebre chirrido de la sierra. ¡En su trágica locura pensaba que la sierra aserraba su corazón en dos pedazos, que su corazón era de madera y que la sangre que de él fluía ahogándola, era un rojo

serrín! Se levantó maquinalmente, y con movimientos de autómatas cubrió el cadáver de su hija con un paño de altar bordeado de hermosos encajes. En aquel instante oyó el ruido del martillo, que manejaba Alejandro clavando las tablas del ataúd.

Los martillazos resonaban en el cerebro de la madre con ruido enloquecedor, como si los clavos perforasen su pobre cabeza. Se llevó las manos a las sienes y cayó medio desvanecida al lado de la cuna, gimiendo en tono lastimero, la locura invadiendo su cerebro, agonizando de dolor...

Durante estas escenas Felipe continuaba sus pesquisas sin perder la esperanza de hallar a sus amigos. Por noticias adquiridas de un cazador de las montañas de San Francisco se enteró de los horrendos asesinatos. El anciano cazador no tenía la seguridad de que hubiesen matado a Ramona y Alejandro. No había vuelto a saber nada de ellos.

Flaco y hambriento por las privaciones y fatigas pasadas en la

busca del joven matrimonio, Felipe cabalgaba a la ventura. En los ojos hundidos y cercados de un círculo morado se veían retratadas la inquietud y la desesperación por la inutilidad de sus tenaces exploraciones.

Cabalgando al paso de su caballo bajó el sendero de la montaña mientras pensaba:

—¡Muertos! ¡No volveré a verlos jamás!

* * *

Durante el esquila de los carneros Alejandro trabajó en el valle, volviendo por la noche a su hogar.

La muerte de la hijita había dejado trágicas huellas en sus rostros: Ramona estaba pálida y demacrada, y Alejandro, siempre triste, parecía al moverse un fantasma del otro mundo.

A la puesta del sol de una hermosa tarde primaveral, Alejandro regresaba a su cabaña montado en un caballo que no era el suyo. Ramona, que le esperaba amorosamente, salió a su encuentro.

—¡Oh, Alejandro! — exclamó—. ¿Por qué montas un caballo

que no es el tuyo? Devuélvelo en seguida, porque si no dirán que lo has robado.

—Tú sabes que no soy un ladrón—murmuró como si estuviese atontado—. Me puse enfermo... y no me acuerdo de nada...

—Déjame devolverlo—replicó Ramona, helada de espanto.

—Majella, paloma mía, no quiero que vayas a la guarida del lobo—dijo con vidriosa mirada—. Yo iré tan pronto como haya descansado. Me estoy cayendo de sueño—añadió tambaleándose.

Ramona le sostuvo para que pudiese entrar por su pie en la cabaña. Una vez dentro, cayó sobre

una silla en un estado de estupor.

Ramona le contemplaba asustada sin saber qué hacer, pero oprimida por un presentimiento de mujer que le anunciaba una tragedia inminente. Entonces se precipitó por la puerta trasera de la cabaña para traer un cubo de agua.

En aquel instante llegó a la cabaña un hombre blanco que gritó:

—¡Hola! ¡Hola!

Atontado todavía, Alejandro salió a la puerta de la cabaña y trató de dar explicaciones a aquel hombre, propietario del caballo que había traído.

En el mismo instante en que Ramona regresaba con el agua, el hombre blanco disparó su revólver, y la infeliz vió cómo su esposo caía a tierra sin vida con el corazón atravesado por los tiros.

El agresor huyó y Ramona lanzó un grito, soltó el cubo horrorizada y se dejó caer al lado del cadáver.

—¡Amor mío! ¡Esposo mío!— gritaba la desgraciada besando las manos de su esposo—. ¡Habla! ¡Habla! ¡Di a tu Majella que no has muerto!



Durante diez días Ramona permaneció en una choza india, tumbada sobre una cama, la cabellera desgreñada, los ojos centelleando con el brillo de la locura, la expresión de una idiota en su lindo rostro, las manos jugueteando con las doradas cuentas de un rosario.

Descendiendo un sendero, que conducía a la choza, venía Felipe guiado por una india. Al entrar en la choza se detuvo al observar el triste cuadro. Con los ojos llorosos al ver el lastimoso estado de la joven, se aproximó a ella y exclamó:

—¡Ramona!

Los ojos de la loca recorrieron sin fijeza el rostro de Felipe, sin

acusar señal alguna de haberlo reconocido. Sus dedos seguían jugando con el rosario.

En vano trató Felipe de que Ramona le recordase; su mirada, unas veces fija y otras errante, pero siempre inexpresiva, denotaba la ausencia total de la memoria y aun del raciocinio.

Felipe le recordó su pasada insolación.

—¿Te acuerdas cuando te arro-
dillaste junto a mi lecho y rezaste
por mi curación?

Pero la pobre demente no contestó. Únicamente el rosario se deslizó de su mano, y un conato de sonrisa iluminó por un instante su rostro inexpresivo.

Felipe recogió el rosario del suelo, lo besó tiernamente y cayó de rodillas ante una estampa de la Virgen.

Y durante toda la noche, rezó... rezó... rezó con todo el fervor de las almas piadosas y atribuladas.

Pocos días después el viejo coche familiar la conducía a la hacienda.

—¡Ramona vuelve a casa! ¡Ramona vuelve a casa!—gritaba alborozada la servidumbre de la casa.

Todos acudieron afuera ávidos de darle la bienvenida; pero Ramona, cogida al brazo de Felipe, rehuía temerosa las demostraciones de alegría de aquella buena gente, a la que en su pacífica demencia desconocía por completo.

Juan Canito se arrodilló ante ella y le besó la mano.

—¿No se acuerda usted de mí, señora Ramona?—dijo—. ¿No conoce usted a Juan Canito? ¡Yo soy Juan Canito!

—¡No... no!... ¡Yo no le conozco a usted!

—¿No se acuerda usted de mí?—dijo la gorda cocinera mexicana—. ¡Yo soy Marta!

—¡No, no la conozco a usted!

La pobre Ramona, incapaz, en su terrible amnesia, de reconocer a sus antiguos amigos, daba compasión. Guardando un trágico silencio, Felipe, y a su lado Ramona, hicieron su entrada en la vieja mansión, rodeados cariñosamente por la servidumbre.

Para que Ramona recobrase su perdida memoria, Felipe la llevaba a todos los sitios favoritos de su infancia: al patio inundado de sol, con su jardín lleno de flores y sus parrales poblados de pájaros, que llenaban el aire de alegres gorjeos y melódicos trinos; a su dormitorio, a la capilla, a las colinas donde las ovejas pacían, y en todos los sitios procuraba evocar todos los dichosos incidentes de su feliz juventud. Pero a pesar de sus reiterados esfuerzos, no conseguía despertar el recuerdo del pasado en el dormido cerebro de Ramona.

Preocupado constantemente con la curación de la infeliz, cierto día ordenó a Marta que la vistiese

con uno de los hermosos vestidos que la joven se ponía para bailar en los ya lejanos días de su adolescencia, cuando él cantaba y tocaba la guitarra para que ella bailase. Se vistió él también con el traje que llevaba en aquellos felices tiempos y se sentó en el patio, de espaldas a su rosal favorito. Dulcemente, empezó a tocar la guitarra y cantar con voz suave, inspirada y tierna la letra amorosa y romántica de una canción española.

Marta apareció en el patio conduciendo a Ramona.

Al principio la enferma escuchó desconcertada y un poco temblorosa: sus ojos, hasta entonces inexpresivos, brillaron con un átomo

de razón y lentamente, cadenciosamente, empezó a balancear el cuerpo siguiendo el ritmo de la música. Parecía más bien una linda muñeca mecánica, que un ser vivo e inteligente; pero Felipe, que notó aquello, aceleró el ritmo con todo el ardor de su alma enamorada. Los viejos servidores se agrupaban en círculo alrededor de sus queridos amos con la esperanza y la ansiedad retratadas en sus semblantes.

Ramona empezó a bailar con más gracia y desenvoltura. De repente se detuvo perpleja y como extrañada de lo que veía a su alrededor, de su propio traje y de su propia actitud. Reanudó el baile, esta vez con más estilo y expresión, pero a los pocos momentos se detuvo súbitamente y se quedó

inmóvil, como alclada, como si saliese de un sueño profundo y de larguísima duración... Al fin avanzó hacia Felipe y con ojos escrutadores miró detenidamente, facción por facción, el rostro del joven; sus dedos, flacos y pálidos, acariciaban sus mejillas y los pasaba a través de los cabellos de él. Su mirada adquiría una expresión interrogante y su rostro, fuertemente contraído por el esfuerzo mental, daba a conocer claramente que la memoria volvía a su cerebro lenta y trabajosamente. De pronto se estremeció y, mirando a los ojos de Felipe con gozosa y admirada expresión, exclamó:

—¡Felipe!

Y se desmayó en sus generosos brazos.

* * *

En la vieja hacienda llegó otra vez la época del esquila. Juan Canito se sentía feliz vigilando sus pastores y sus perros maravillosamente antaestrados en el arte de conducir los grandes rebaños de ovejas.

Ramona y Felipe también eran felices; sobre todo éste, que veía volver al rostro de Ramona las suaves rosas de la salud y brillar de nuevo sus ojos adorados.

Algunas veces, sintiendo desbordar de sus corazones la alegría de sus lejanas infancias, ayudaban a los pastores a conducir las ovejas.

Cuando los grandes rebaños de Felipe quedaban encerrados en los

corrales, y regresaban a la casa vivienda, se solían detener en el camino para coger flores silvestres en la falda de las colinas.

—Querido Felipe, ¡qué bueno eres!—murmuró Ramona al recibir de manos del joven un hermoso ramo de flores que acababa de recolectar.

Felipe se quedó mirándola fijamente, con mirada de loca pasión. De repente le cogió ambas manos y exclamó con fogosidad irrefrenable:

—¡Ramona, amor mío!... ¡Ah! ¿Seré siempre tan desgraciado? ¿Nunca llegarás a amarme?

La joven le miró sorprendida

durante un segundo nada más, pero en seguida comprendió lo sublime y abnegado de aquel amor tan constante; de aquel amor que había sabido resistir todas las pruebas, aun las más terribles, sabiendo siempre triunfante de todas ellas.

—¡Ramona, yo te amo!—declaró Felipe en tono patético—. ¡Te he amado siempre, siempre... como te amo ahora!

Ramona inclinó la cabeza, mirando los pétalos de las flores silvestres con mirada fija y avergonzada.

—¡Aunque parezca incomprendible, también te he amado yo siempre, Felipe!—musitó.

Felipe la estrechó impetuosamente, apasionadamente, entre sus brazos, mientras la amada permanecía quieta oyendo murmurar junto a su oído la más ardiente y tierna endecha de amor. Al fin levantó los ojos lentamente y empezó a decir en tono solemne:

—¡Mereces ser feliz y lo serás, Felipe mío! ¡Si quieres casarte con esta pobre viuda, ella te hará feliz!

A Felipe le parecía estar oyendo la música de las esferas o el canto de los ángeles. En sus ojos brillaba por vez primera desde hacía mucho tiempo la verdadera felicidad.

Ramona, al notarlo, le sonrió amorosamente, pero su sonrisa no era la sonrisa sensual y apasionada de su amor por Alejandro. Ahora no sonreía como sonrió al arrojar-se en los brazos del indio para suplicarle: "¡Llévame contigo, Alejandro!" Ahora su sonrisa era una sonrisa de tierna alegría, de profunda gratitud, la sonrisa de amor casto y tranquilo, que desde las profundidades de su alma subía a su corazón en suaves effluvios.

Al esposo difunto creyó amarle con el alma entera, pero ahora comprendía que no había sido así: Alejandro fué amado por la sangre india—y como tal apasionada y sensual— de Ramona. Felipe fué siempre amado inconscientemente por la sangre blanca de Ramona, que le amaría de allí en adelante con el verdadero amor, el amor en que el deseo de los sen-

tidos es bien poca cosa al lado de los puros goces de la mente y del corazón rindiendo culto al ser amado.

—¡Seré tu mujer, Felipe mío!— exclamó dulce y graciosamente, ofreciéndole la miel de sus labios.

Y él, emocionado, tembloroso, procurando refrenar los ímpetus de su pasión tantos años contenida, depositó en los labios de la amada un beso largo, tierno, su-

ve, un beso como el que Cloe debió recibir de los labios de su Dafnis.

Y muy juntitos, con el corazón henchido de una felicidad que les impedía hablar, continuaron paseando por la cima de la colina, contemplando extasiados aquella puesta de sol, tan llena de dulce poesía; una puesta de sol que, por rara paradoja, era para ellos el amanecer de su futura felicidad...

FIN

En preparación:

Las grandiosas superproducciones

Alas / El destino
de la carne

El ángel de la calle

Cuatro hijos

Dos amantes

etc.



¡LO MEJOR DE LA TEMPORADA!

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mac Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy. — El Gran Desfile, por John Gilbert y René Adorée. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller. — La princesa que supo amar, por Huguenet Duffos y Charles de Roche. — El coche número 15, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita. — Sin familia, por Leslie Shaw. — Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno. — Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien. — Cobra, por Rodolfo Valentino. — El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo. — Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert. — Zazá, por Gloria Swanson. — ¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni. — El judío errante, por Gabriel Gabrio. — La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc. — Casanova, por Ivan Mosjoukine. — Hotel Imperial, por Pola Negri. — La hija Ramona, por Luisa Fernanda Sala. — Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore. — Noche Nupcial, por Lily Damita. — El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell. — Beau Geste, por Ronald Cuthman. — Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy. — La Mariposa de Oro, por Lily Damita. — Ben-Hur, por Ramón Novarro. — El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson. — La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich. — La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo. — Trípoli, por Esther Ralston y Charles Farrell. — El Rey de Reyes. La ciudad castigada. — Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino. — Agallas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque. — El Sargento Malacara, por Lon Chaney. — El Capitán Sorrell, por H. B. Warner. — El Jardín del Edén, por Corinne Griffith. — La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

SEA USTED COLECCIONISTA

de la selecta

Biblioteca "Nuestro Corazón"

publicación quincenal de novelas
sentimentales de reputados autores

NÚMEROS PUBLICADOS:

Núm. 1

La que se hizo amar

por Marcel Proust



Núm. 2

Nada se borra

por Max Dervieux



Núm. 3

La esposa y la amiga

por José Baeza Valero



Núm. 4

El hombre que no servía
para nada

por Jorge Clary



Núm. 5

La falta del hombre

por René Trentel de Bergin



Núm. 6

Mujeres...

por Francisco-María Blagnie

Núm. 7

Lecciones de la vida

por Félix Lannuz



Núm. 8

La Primavera reflorece

por Michel Nour



Núm. 9

El señor Francisco

por Francisco-Marín Blagnie



Núm. 10

Alas rotas

por Andrés Beyer Bello



Núm. 11

A la deriva...

por Angel Barth



Núm. 12

María Luisa

(novela cubana)

por Manuel Reinhelt Sotomayor



Recomendamos a todos la
lectura del sentimental y au-
téntico manuscrito hallado en
las trincheras

El amor de un soldado desconocido

Novela inglesa traducida al
castellano por el Doctor Max.

ÉXITO EDITORIAL

La obra del día en España
y América

Precio: 3'50 Pesetas



¡No se deje V. sorprender por imitaciones!

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

La Novela Paramount

y

**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

Esta semana

La Novela Fox

Publicadas por EDICIONES BISTAGNE

CHANG

ES LA MEJOR NOVELA
DE AVENTURAS

Adquiera este interesante libro, de las aventuras de los famosos exploradores Merian C. Cooper y George B. Schoedsack, desarrolladas por el culto escritor

Doctor Max

EN TODAS LAS BUENAS
LIBRERÍAS

Precio: 3 Ptas.

16 ILUSTRACIONES EN PAPEL COUCHÉ

Exclusiva de venta para España: Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbayá, núm. 16. — MADRID: Ferrer, núm. 21